

Nota 4

Tepito, Ciudad de México, miércoles 14 de junio de 2017

Llegué a la esquina a buscar a Iván. Eran cerca de las 10 de la mañana. Ese día, él y Beto no se encontraban ni en la esquina grafitada ni enfrente en el puesto metálico, sino en la orilla de la explanada en la que Iván ha dicho que solía vivir. Estaba sentado en la silla metálica plegable y vestía una camisa de color guinda. Beto lucía su clásico *look hip-hopero* y estaba de pie frente a él. Iván me vio y se disculpó de inmediato. Dijo que se había ido antes del mediodía, quizá a las 11:30 am, que le habían pedido llevar un encargo y no pudo negarse.

Me dijo que de todos modos había pasado a desayunar con doña Tere. Yo le conté tal cual la anécdota del día anterior, que me había sentado a comer una gordita y a esperarlo. Ya que Iván no me asumía estrictamente como un nativo del barrio, el detalle parecía suficientemente convincente para él, porque asintió con la cabeza y afirmó que eso era lo que la señora vendía:

—¿Y no le preguntaste por mí?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

—Que no sales los martes.

—¡Pinche vieja culera! ¡Ahorita le voy a reclamar!

Alguien llamó a Beto desde el otro lado de la calle y se fue rápidamente. Aproveché para decirle a Iván que había hecho “mi tarea” y le mostré el block. Él dejó su silla y dio un par de pasos hacia la explanada, se sentó en el borde de una rampa para discapacitados y yo me senté en el otro, justo frente a él. Comenzó a leer las preguntas y a responder un poco con lo que le evocaban. Le pregunté que cómo se había integrado a su actividad y respondió que, debido a la confianza que le tenían, se la había ganado por dos vías: 1) al ser conocido y reconocido públicamente, por haber vivido en la explanada en la que nos encontrábamos, y 2) por su estancia en el reclusorio, lugar en el que había conocido a algunas de las personas con las que seguía colaborando.

Intuí que Iván podía seguir hablando, así que decidí prender la grabadora rápidamente y guardarla en mi bolsillo. Iván leyó una pregunta del block:

—¿A qué se dedica usted en este momento? —y respondió de inmediato— bueno, pues cuido carros y sigo haciendo mandados a la gente.

Le pregunté que si eso había sido siempre así; es decir, si se dedicaba a lo mismo antes de caer en prisión. Iván dijo que, parezca lo que parezca, su vida había sido muy normal antes del paso por la cárcel; que siempre se consideró un “chico de casa” y que ése fue el cambio más radical, quizá sobre todo porque

había sido una gran cantidad de años la que había pasado tras las rejas (quince años).

Le pregunté a Iván por el incidente que lo había llevado a la cárcel y respondió que había sido por “darse el lujo” de asesinar a alguien, que había sido una rencilla con una “madrina” de la entonces DIPD.⁶ Aquel hombre era conocido por extorsionar a ex convictos y a jóvenes delincuentes del barrio, y uno de sus últimos blancos fue un familiar de Iván, a quien golpeó un par de ocasiones. Afirmó que después de las golpizas se había propuesto asesinarlo y que simplemente aprovechó una oportunidad. Unos meses después lo encontró en un bar cercano al barrio pasando el rato o, como lo resumió de manera mucho más efectiva:

—Ahí estaba, bien vergas, con sus parejitas.

Nadie notó la presencia de Iván, que se acercó hasta quitarle la pistola de la cintura y vaciarle la carga completa.

⁶ La extinta DIPD fue la División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia, que en las calles del barrio todavía es recordada como la policía del Negro Durazo (jefe de policía de 1976 a 1982). Las “madrinas” son agentes o ex agentes policiales que se supone median entre las corporaciones policiacas y los grupos delincuenciales, permitiendo su administración y control. Por años, han sido personajes controvertidos cuya existencia incluso se ha puesto en duda.

Iván me relató que fue sometido por el resto de los hombres que se encontraban en la convivencia y que lo entregaron a la DIPD. Debido a que no eran buenas épocas para la transparencia, la rendición de cuentas o los derechos humanos, no se siguió para nada el procedimiento estipulado por la ley. Me dijo que había pasado seis días secuestrado, recibiendo golpizas y torturas constantes; sólo se detenían cuando lo cambiaban de un espacio a otro:

—Hicieron lo que quisieron conmigo... menos violarme; eso fue lo chido —mencionó que se sintió más tranquilo a su llegada a la prisión, por lo menos las torturas habían cesado—. Ya me la había sacado por lo que le hizo a mi familiar: muerto el perro se acabó la rabia.

Aunque claro, la prisión no es un lugar fácil y menos cuando uno viene del barrio. Existe la posibilidad de que algunos pleitos callejeros se reanuden en el ambiente institucional. Iván explicó que uno de los internos era concuño de la madrina que había asesinado (otra muestra de lo permeable de las fronteras entre el delito y la ley) y que tuvieron que limar sus asperezas después. Iván interrumpió su relato porque le avisaron que lo necesitaban. Me pidió regresar a buscarlo por la tarde, a eso de las 6 pm, y agregó que no me preocupara por la salida del barrio, que él me iba acompañar hasta un lugar seguro después de concluir nuestra conversación. Le aseguré que regresaría.

A las 6:10 de la tarde estaba de regreso en el barrio para ver a Iván. Había estado lloviendo mucho y me preocupaba llegar de noche a la esquina y que no hubiera nadie. Sin embargo, no quería ni faltar a mi palabra ni perder la oportunidad de hacer observaciones en un horario diferente, para encontrar variantes o nuevos detalles para describir el contexto. Llevaba un paraguas e hice el mismo trayecto de las últimas ocasiones para llegar a nuestro punto de encuentro. Debido a las condiciones climáticas, el tianguis prácticamente había desaparecido, aunque todavía se apreciaban comerciantes recogiendo sus cosas. Había oficiales de policía tanto en el Módulo como enfrente, en su guardia permanente y, aunque sabía que no eran de gran utilidad, me hacían sentir relativamente seguro.

Seguí caminando varias cuadras hasta llegar a la esquina. De manera sorprendente, no sólo no estaba vacía, sino que había mucha más gente de la que había visto por las mañanas. Beto platicaba con tres jóvenes, todos de apariencia muy parecida a la suya, y justo a su derecha estaba Iván, que llevaba una sudadera roja con gorro, y lo traía puesto; estaba sentado en su silla plegable, como si estuviera en un trono, flanqueado por dos hombres como de su edad (cerca de 50 años). El hombre a su izquierda llevaba un bigote espeso y oscuro; el de la derecha tenía la cabeza rapada. El resto de los hombres en la esquina también portaban chamarras o sudaderas y todos permanecían en una

suerte de hilera horizontal, atajándose de la lluvia gracias a un ligero techo, en la esquina grafiteada.

Igual que el día que trabajé con la grabadora abierta, me era difícil determinar los límites entre la esquina como espacio de esparcimiento y la esquina como espacio de negociación. Mientras del lado de Beto el ambiente se veía más festivo y los jóvenes fumaban marihuana, del lado de Iván la plática parecía mucho más seria. No se escuchaba lo que decían, prácticamente hablaban en secreto. El aspecto de Iván era mucho más sombrío, había algo en su mirada y gestos que me hacía pensar que había consumido drogas. Decidí cerrar mi paraguas y tomar un lugar hasta el final de la hilera horizontal, deteniéndome a un par de pasos del hombre que llevaba la cabeza rapada.

Iván se apoyó de más en su silla, para poder asomarse por detrás del hombre rapado y me dijo en un tono más bien rudo:

—¡Oye, barrio! Yo creo que ese pedo no se va a poder ahorita, ¡mejor pasa mañana más noche!

—Sale —respondí.

El tono de Iván no dejó lugar a dudas, me quería fuera de la esquina y pronto, así que volví a abrir mi paraguas y emprendí el trayecto de regreso. Como ya era de noche, apreté el paso y traté de prácticamente no hacer contacto visual con nadie, hasta que me encontré con un par de policías que estaban de

guardia bajo la lluvia, parados junto a una motocicleta; sólo se protegían de la lluvia con unos endebles impermeables de la corporación.

Lo que llamó mi atención del asunto no fue sólo el tono duro de Iván, sino ese uso de eufemismos que ya había aparecido en otros momentos en la esquina (como con la cuestión de que él se dedicaba a “hacer mandados” o cuando decía que tenía que ir por “algo”). Iván me habló como si también tuviéramos un negocio o algún otro tipo de transacción, y me parece que el gesto de alguna manera lo protegía y también me protegía a mí. A mí, en el sentido de no revelar mi identidad, que de todos modos podría ponerme en riesgo con otros actores de la esquina; a él, justo para no ser tomado como alguien que revelaba los secretos de lo que ahí ocurría —con todas las implicaciones que esto pudiera tener—. Esa ocasión no fue como el día de su promesa de acompañarme hasta mi salida del barrio, pero algo es algo.